

En busca de la obra perdida

Valeria Flores López Araiza
Universidad Iberoamericana Ciudad de México

In Search of the Lost Artwork

Recepción: 5 de septiembre de 2021
Aceptación: 6 de octubre de 2021

MUCHAS VECES HE INTENTADO RECORDAR AQUEL CUADRO QUE UNA VEZ VI FRENTE A MIS ojos casi por casualidad. No tenía un gran formato, pero tampoco era una miniatura. En realidad era una pieza de tamaño muy estandarizado. De gama cromática reducida, siempre del lado de los tonos cálidos y en un espectro que no se salía de los márgenes del naranja y el rosado. Los elementos que la constituían no eran atípicos, creaban un paisaje: unos cuantos árboles, un caminito de tierra y una escultura.

No podría terminar de explicar la vista. Tan sólo puedo intentar asirme de las palabras que se me vienen para describir el cálido viento que rozaba mi piel y me susurraba palabras al oído. Yo, pétrea, miraba de frente el reflejo del atardecer sobre lo que parecía ser un inmenso espejo que después descubrí lago; las pequeñas hojas que se columpiaban en el aire eventualmente caían vertiginosas sobre aquella superficie creando una infinidad de ondas circulares que se perdían en el pasar de los segundos.

El cielo y las nubes pintaban en el horizonte una acuarela impresionante de tonos bermellón, rosa y naranja. Parecía ser una sedosa tela extendida en la inmensidad del mundo, una que nos cubría con cuidado y recelo, pues el lugar así lo exigía. No había mas que un arco blanquecino de herrería y yo, siempre inmóvil de cuerpo, pero ávida de pensamientos.

Recuerdo haber quedado atónita y silenciosa frente al cuadro mientras la gente continuaba paseando por los pasillos en busca de algo que no estoy segura de poder mencionar. Pero yo no podía hacer mucho más que observar aquel paisaje que se alojaba en mi mirada y me llenaba de un calor que nunca había sentido: una extraña y hasta entonces desconocida, mezcla de nostalgia y esperanza. Después de un sinfín de minutos y una cantidad absurda de días, cuatro años después de ese encuentro, me sigo descubriendo yendo al recuerdo de ese incógnito lugar pintado al óleo cuando la monotonía de la rutina o la desesperación de la sorpresa me sobrepasan.

Cada vez que me convierto en la blanca estatua que vigilaba la armonía entre el viento y la marea de un inmenso lago, redescubro el significado del arte: ese vehículo que nos permite sentirnos humanos, que nos permite vivir, pensar y experimentar a través de algo más que nuestra propia piel. Quizá el arte para muchos es una categoría que abraza los objetos o los momentos incrustados en una sala de museo, un teatro o un salón; sin embargo, una definición quizá más amable con lo que respecta al arte es la de aquello que sugiere emociones.

En algunos casos las sensaciones pueden ser completamente apacibles, devenidas de momentos en los cuales el silencio, por ejemplo, se ve interrumpido por una meliflua voz que armoniza el espacio; pero no siempre es así: en otros casos, las emociones que nos llegan en un encuentro con un objeto de este tipo, son de índole mucho más amarga. A veces nos invade la incomodidad o el miedo, si no es la repulsión o la tristeza. Lo que es innegable es que, más allá de que el arte pretenda ser un objeto hermoso, agradable o decorativo, encuentra en su existencia una manera de emanar humanidad.

Esa categoría que hemos limitado a ciertos artefactos suntuosos y bien iluminados en museos, en realidad es mucho más amplia. Quizá es extraño pensar esto cuando lo que es representado resulta profundamente mórbido o doloroso; o quizá parecería casi literario pensar que una pieza encuentra, en la mirada de un espectador distraído, la forma de una revelación divina. No obstante, el arte, esa categoría de objetos tan específicos, es en realidad la materialización de una posibilidad: la de dialogar con los fragmentos perdidos o mudos que nos conforman sin tener que voltear a ver nuestras heridas o nuestros recuerdos; es la posibilidad de encontrarnos pequeños pedacitos —de vez en cuando inefables— de nuestro propio ser en canciones, danzas, grabados o pinturas, y entender que toda emoción debe tener un espacio para ser sentida. Así, la escultura, la música y todas las otras expresiones de lo que hemos aprendido a llamar arte, se conjugan en el único fin de mostrarnos que muchas veces las palabras no bastan para empatizar, incluso con nosotros mismos.

Cuatro años después me encuentro de nuevo frente a esta pintura que sé es más que un óleo romántico. Sé que para mí es una escena que permite significar y sentir, y también sé que para muchos otros no lo será; la gente sigue recorriendo los pasillos a mi alrededor ignorando aquel pequeño paisaje —posiblemente para hallar un fragmento de ellos mismos en los pigmentos vibrantes de algún otro lienzo colgado—. Mientras, yo observo con cuidado cada uno de los rincones de la pintura, recordando la primera vez que sentí su cobijo con apenas una mirada: pero ahora lo hago sólo en el recuerdo. El pequeño lienzo no ha sido expuesto más y ahora me queda saberme afortunada de haberlo visto hace mucho tiempo, a la vez de reconfortarme el hecho de que, quizá, en algún otro momento pueda tener un encuentro que marque mi memoria de la misma manera en que este cuadro lo hizo.

Poco a poco comprendo que, de vez en cuando, se vuelve útil migrar de piel y ser de piedra blanca para admirar un lago y percibir el calor en las mejillas. De vez en cuando se vuelve útil encontrarse frente a un cuadro y advertir una gota salina recorrer vertiginosa el rostro para recordarnos que las lágrimas pueden ser tanto de tristeza como de alegría; sobre todo, se vuelve útil saber que en algún momento cualquiera de nosotros puede tener frente a sí la *obra hasta entonces perdida* y reconocer la capacidad de sentir y compartir las sensaciones sin necesidad de decir palabras, sino con la mera posibilidad de ver y crear para sí y para el otro.



Valeria Flores López Araiza

Estudiante de la licenciatura en Historia del Arte en la Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Las líneas de investigación y los intereses particulares que ha perseguido a lo largo de la carrera se apegan a los estudios de género, la cultura material y la teoría antropológica del arte. Sin embargo, al margen de lo académico, los afectos y las palabras siempre han sido motivo de su curiosidad.